“La gran carencia de Colombia es la falta de equidad”: Antonio Hernández Gamarra

Cultura Hace 8 horas
Por: Isabel López Giraldo

En la serie Historias de Vida, creada y producida por Isabel López Giraldo, presentamos a Antonio Hernández Gamarra: “Soy un jardinero frustrado. Esa fue una de mis tempranas vocaciones, aunque la frustración disminuyó en los últimos años de vida en Bogotá porque tuvimos orquídeas y bromelias en nuestro pequeño patio, y porque, a partir del 2013, me convertí en cultivador de múltiples plantas y de unos pocos árboles frutales en el patio de la casa que construimos en Santa Marta”.

ANTONIO HERNANDEZ GAMARRA

"Me bastaría que mis nietos recuerden mi decir: te quiero mi loro / te adoro mi tesoro". / Antonio Hernández Gamarra

También soy un lector de todo cuanto se me atraviesa, obsesivo con el cumplimiento del deber y psicorrígido con las cosas que me impongo. Además, soy amigo de mis amigos, un sentimiento que tengo profundamente arraigado.

Orígenes – Rama materna

Mi familia materna ha sido la principal protagonista en mi vida. Su origen está en Sincé – Sucre, antes Bolívar. Por mi vocación de jardinero recuerdo, de manera muy especial, el patio de la casa de mi abuela que estuvo siempre lleno de frutas y de flores, y toda la vida hubo la obsesión de traer a él una mata más, una flor más.

La casa de mi abuela materna fue de paredes de bahareque y con techo de palmas propias de la cultura Zenú. En ella había ciruelos, tamarindos, granadillas, papayas. También una mata de algodón perenne, especie que desapareció años después, cuando el algodón se convirtió en un cultivo transitorio.

Tuve una abuela absolutamente fabulosa, Mama Fita – María Josefa de la

Últimas Noticias

Al son de las letras de Jerónimo García Riaño
Cultura- Hace 1 hora

Cancelan Art Basel en Miami por la pandemia de la COVID-19
Cultura - Hace 1 hora

John Fitzgerald, el artista que se cosió la boca para protestar
Cultura - Hace 2 horas

Cuidándonos uno al otro, la iniciativa pedagógica ante la COVID-19
Cultura - Hace 2 horas

Otra mañana más: Santiago Cruz de vuelta a lo independiente
Cultura - Hace 4 horas

Ossa, quien vivió casi cien años en nuestro pequeño poblado, ya que nació a mediados del siglo XIX y murió en 1966, cuando yo tenía veintidós años.

Mama Fita fue hábil narradora de los cuentos de ***Las Mil y Una Noches*** y de los textos de Tomás Carrasquilla, pero también dramatizaba las novelas radiales cuando las vecinas no las habían oído. Como lo consigné en el recién publicado libro autobiográfico, ***Relatos de los oficios y los días***, algunas de sus narraciones están, aún hoy en día, en mi memoria; en especial el talán, talán, talán, de las campanas persiguiendo a Reinaldo por el "pero" que impidió el casamiento de Flor de Lis con Timbre de Gloria, en el cuento ***El ánima sola,*** relato que la abuela utilizaba para enseñarnos a sus nietos que no debíamos incurrir en maledicencias ni en calumnias.

Le sugerimos leer Así planea abrir sus puertas el Teatro Petra

Edificó una familia de once hijos, de la cual mi mamá fue la del centro. Con ella vivieron toda la vida tía Sandi y tía Margara, sus dos hijas menores, que fueron las únicas que no se casaron. La primera, liberal, y la segunda, conservadora, en un pueblo de mayoría conservadora y por lo tanto políticamente atípico en el Caribe, en donde las mayorías fueron siempre liberales.

Mama Fita fue abuela de sesenta y nueve nietos, y por lo tanto maestra de kínderes de distintas edades. De esa manera en su casa siempre hubo niños. Por supuesto, hice parte de uno de esos kínderes. Tuvo un loro, Robertico, al que las tías Sandi y Margara le enseñaron a dar vivas al Partido Liberal y al Partido Conservador, respectivamente. Lo increíble es que el loro sabía a qué partido dar vivas cuando se acercaba la una o la otra.

En el Caribe se le decía pastelero a quien cambia de partido sin ton ni son, al que lo hace a su conveniencia, por eso así le decíamos a Robertico. En la tradición cultural del pueblo era muy natural que a los sucesos notables se les hiciera una décima. Donaldo Tirado, un creativo y celebrado decimero, le compuso una a Robertico llamada: ***Robertico, el loro pastelero***. Con esto significo que Robertico era símbolo de respeto a las ideas ajenas, y no el creador de lo que ahora llaman "dinámica política".

A propósito de esta anécdota debo decir que soy coleccionista de lexicones y diccionarios y en el Lexicón ***de Colombianismos***, de Mario Allario di Fillippo, se encuentra, precisamente, la definición de pastelero. Coleccionar ese tipo de libros es uno de mis hobbies que comenzó desde muy temprano: tengo alrededor de treinta de ellos sobre muy diversas materias y regiones del país.

Mi abuela fue una mujer absolutamente cariñosa y afable, al igual que mis tías Sandi y Margara, que hicieron las veces de mamás, totalmente dedicadas a sus nietos y sobrinos. Vivimos con muchísimos afectos alrededor de ellas y sin ninguna circunstancia de desavenencias, excepto los naturales regaños o de pronto un coscorrón por alguna travesura indebida, pero nada que marcara por alguna reprensión demasiado rígida. Porque se esmeraban para que hiciéramos las cosas lo más adecuadamente posible.

Mis tías murieron en los años noventa, a finales del siglo pasado. Y de mi abuelo materno no tengo mucha referencia, debió morir mucho antes de que yo fuera alguien consciente, casi que, hasta de mi propia existencia.

María Josefa Gamarra – La Niña Pepa

En el Caribe se le dice ***niña*** a toda mujer que adquiere una aureola de respetabilidad social. Por lo tanto, una mujer puede ser niña a los ochenta años. Y a mi mamá se le dijo siempre: ***la niña Pepa***.

Mi mamá, María Josefa Gamarra, ***la niña Pepa***, fue modista, tuvo unas manos prodigiosas, de artista, y vivió de ser la confeccionista de la ropa de las gentes con capacidad de pago en el pueblo. De recio carácter, y absolutamente ambiciosa de una buena educación para sus hijos, siempre quiso que fuéramos alguien en la vida. Ese fue su propósito vital porque en una familia pobre, como la nuestra, lo más probable era que uno terminara siendo peón en una hacienda, que era el destino natural de quien no estudiaba. Mamá, con absoluta determinación nos dijo siempre a sus hijos "ustedes no van a ser mozos en las fincas de Sincé y para eso tienen que estudiar".

Por esa determinación siempre he dicho que esa fue la primera vez que se me apareció la diosa de la buena fortuna. Para hacer realidad su decisión mis padres crearon una escalera educativa en la que los mayores de mis hermanos fueron los que menos estudiaron y, a medida que iba descendiendo la edad de sus hijos, los mayores ayudaban a los más pequeños a educarse. De suerte que, como yo era el quinto de los nueve, tuve hermanos que colaboraron en la financiación de mi educación.

Una anécdota de mi madre habla muy bien de su carácter, de su determinación y de lo orgullosa que quería sentirse de sus hijos. Escribí mi primer artículo profesional en 1973 en la revista Planeación y Desarrollo, del Departamento Nacional de Planeación, cuando tenía veintinueve años. Esa era la revista en donde todos los economistas queríamos escribir y por ello estaba muy contento, máxime cuando ese texto fue reproducido en el libro Lecturas sobre Moneda y Banca en Colombia, que fue auspiciado por la Universidad de los Andes y Fedesarrollo.

Le sugerimos leer El poeta mapuche Elicura Chihuailaf, Premio Nacional de Literatura de Chile

Profundamente orgulloso le llevé ese libro a mi madre que luego de leer mi nombre en el índice dijo: "no sé de qué se trata, porque yo no entiendo de eso, pero está mal escrito". Le pregunté aterrado el porqué, a lo que contestó: "porque tú no te llamas Antonio Hernández G., (que fue como figuró mi autoría en ese índice), sino Antonio Hernández Gamarra". Desde ese día me llamo Antonio Hernández Gamarra. Cada vez que me llaman doctor Gamarra, por equivocación debido a la sonoridad del apellido, o por malicia para insinuar que fui hijo natural, aplaudo mentalmente con frenesí.

También rescato una situación vivida con mi madre en 1958. Ese año fui a pasar las vacaciones de julio-agosto a Barrancabermeja, adonde la familia se había ido a vivir, y el 7 de agosto estábamos viendo la posesión de Alberto Lleras como primer presidente del Frente Nacional. No sé qué comentario hice, pero recordé toda la vida lo que mi madre me dijo en esa ocasión: "Algún día tú vas a estar ahí". El 7 de agosto de 1994 le cumplí su vaticinio, porque yo estaba efectivamente en primera fila en la posesión del presidente de la República pues hice parte del primer gabinete del presidente Ernesto Samper, que me nombró como ministro de Agricultura.

Menciono este par de anécdotas, no tanto por las historias mismas, sino porque dan una idea de la sana ambición de mi madre sobre la educación de sus hijos y de lo orgullosa que quería sentirse de ello. Como dije antes, fue la madre que tuvimos para nuestra buena fortuna, con una dedicación enorme a nosotros, cariñosa, atenta, aunque rígida sobre el cumplimiento del deber.

La niña Pepa también fue una gran cocinera, tanto de los platos nativos de las Sabanas del viejo Bolívar como de la comida sirio-libanesa, o de los turcos como se decía en el habla cotidiana. Por ello dentro de nuestras circunstancias nosotros tuvimos una muy buena alimentación, a pesar de unos ingresos no muy abundantes, para ser benigno, porque eran más bien pocos.

Alguna vez oí decir que no se distingue el origen natal de la gente de Colombia tanto por el acento al hablar como por lo que se come en las distintas regiones. En nuestro caso es claro que preferimos un mote de queso, una ensalada de berenjena o una lengua en salsa, que un ajiaco.

Rama Paterna

Mi bisabuelo, el cura Bartolomé Cermeño tuvo seis hijos con Francisca Hernández, la niña Pacha. Por alguna razón al cura le encantaba el prefijo griego EU, que tengo entendido significa: bueno o bien. De allí los nombres de algunos de sus hijos: Eudalda (Aya), mi abuela paterna; Eutimio, mi tío abuelo; y el de su nieto Euclides (mi papá).

Bartolomé Cermeño fue cura párroco de Sincé durante casi cincuenta años y de él también desciende el hermano cristiano Justo Ramón, que escribió el libro de historia de Colombia que estudiamos todos los niños hasta principios de los años 60.

En el Caribe hay familias enteras que descienden de sacerdotes. Así, por ejemplo, el libro, ***Los hijos de los curas,*** de Alfredo de Jesús Mestre Orozco, da cuenta de las genealogías vallenatas. En muchas de las cuales hay alguien relacionado con un sacerdote. ***El padre Valentín*** es otro libro en que se complementan las genealogías de Valledupar. En el caso de Sincé hubo otro sacerdote, que se llamó Gabriel Garrido, cuyo hermano Leandro tuvo numerosa prole que algunos señalan como descendientes directos del sacerdote. Gabriel Martínez, el abuelo paterno de Gabriel García Márquez, desciende de ese árbol genealógico.

Cuando se murió una de mis tías abuelas, hija del padre Cermeño, que con sus hermanas habían heredado los baúles de su papá en los que guardaba diversos enseres, los libros los donaron a la biblioteca del colegio en el que estudié. Eran unos libros en papel cebolla, absolutamente preciosos, y conservo la imagen completamente nítida de ellos. Lo aprecié mucho más adelante, cuando llegaron a mí otros en ese mismo papel, como el de ***Las mil y una noches*** de la colección de Aguilar. Dicen que en esos baúles también había reliquias religiosas y que en el reparto a unos les tocó un cristo de oro y a otros una camándula que era una fina joya. Aunque es posible que sobre eso haya fantasías familiares.

A mi abuelo paterno, Papá Docto – Evaristo Acosta, lo conocí cuando yo era tan pequeñito que apenas si recuerdo su entierro. Fue un médico homeópata, político liberal y dos veces diputado a la Asamblea del antiguo departamento de Bolívar por los años veinte. Mi abuelo tuvo bastantes amores y fue muy prolífico, pues tuvo catorce hijos.

Mi papá, de muy recio carácter, alguna vez tuvo con Papá Docto una discusión sin que estén claras las circunstancias ni el porqué de ella. Pero, en un momento dado, mi abuelo le dijo: "tú no pareces hijo mío". Entonces mi papá le contestó: "eso no es problema, yo me cambio el apellido". Hasta ese momento mi papá se llamó Euclides Acosta y desde entonces pasó a llamarse Euclides Hernández. Esa es la razón de nuestro apellido, adoptado de su madre, Aya, nuestra abuela.

Casa materna

La nuestra fue una familia de escasos recursos económicos, pero con un rasgo distintivo muy importante. Porque hay que tener en cuenta que la pobreza tiene principalmente dos caras: una es la falta de ingresos, con todo lo que eso conlleva especialmente en materia de educación, pero también tiene la cara de la no ambición de futuro. Para nuestra muy buena fortuna, nosotros éramos pobres en cuanto a ingresos, pero como ya relaté mis padres tenían una sana ambición de buen futuro para nosotros.

Mi padre se ganó la vida, fundamentalmente, comprando y vendiendo terneros en pequeñas cantidades y con ese negocio le ayudó a mi mamá a criarnos. Tuvo algunas manifestaciones de reprensión fuerte con algunos de mis hermanos, nunca conmigo, quizás porque yo era muy dócil.

INFANCIA

Tuve una infancia absolutamente fabulosa. Compartimos en familia dentro de las tradiciones de la cultura Caribe. Crecimos con la campana de: "ustedes tienen la obligación de ser alguien en la vida". Insisto en ello, tal como lo hizo mi mamá que la repicó durante todos los días de su vida, y por tanto la llevamos tallada en nosotros, igual que la de aprovechar las oportunidades.

La cultura religiosa estaba ahí, como parte imprescindible de la vida, pero sin grandes fanatismos en el sentido de que fuera muy exigente, excepto la devoción a la Virgen del Socorro, patrona del pueblo, cuyos devotos dicen que cura hasta el cáncer y la pobreza.

Tradición cultural de Sincé

En el pueblo en que nací hay una tradición cultural y educativa impresionante. Calculo que hacia mediados del siglo XX tendría nueve mil habitantes, obviamente con todas las carencias materiales de luz eléctrica, agua, alcantarillado, teléfono, pero había existido, de toda la vida, una tradición cultural muy importante. Uno de sus centros educativos fue emblemático generación tras generación, pese a esas circunstancias materiales en que se vivía en el pueblo.

En ese colegio – llamado La Merced, gestado desde fines del Siglo XIX – se educaron, entre otros, Carlos H Pareja, Adolfo Mejía y Alfonso Romero Aguirre, hacia 1910 – 1912.

Carlos H. Pareja, Simón Latino, fue escritor fecundo y uno de los intelectuales más notables de Colombia a mediados de los años 40, ya que fundó la librería La Gran Colombia en Bogotá y promovió ampliamente la lectura de la poesía en el país a través de los folletos que se llamaban ***Versos de hoy y de siempre***, que se vendían a un peso por ejemplar.

También se educaron allí Adolfo Mejía, uno de los grandes músicos de la cultura colombiana, que le da nombre a ese teatro en Cartagena y Alfonso

Romero Aguirre, notable político liberal, fue presidente del Senado y de la Cámara y segundo designado a la Presidencia de la República.

Soy hijo de esa tradición cultural educativa, la misma que se había prolongado hasta principios de los años 50 cuando llegaron a mí las primeras letras.

Gimnasio Sincé

Asistí al colegio Gimnasio Sincé, del cual Luis Gabriel Meza Castillo era su rector y maestro. Tuve unos profesores fabulosos, sin gran formación académica, pero con una vocación muy grande. Para mi buena suerte ahí me encontré con los números, con la poesía, con el castellano. Llegué a aprender, y aprendí con rigor.

A uno de mis primos Acosta, Evaristo (Don Eva), nieto de Papá Docto, se le dio por formar una brigada cívica juvenil con las primeras letras del apellido de los diez o doce muchachos que integrábamos el grupo. Fuimos actores de comedias y otras pequeñas obras de teatro, lectores de poesía y declamadores de ella.

Tuvimos un espíritu cívico impresionante, ayudamos a organizar las carreras de ciclismo pensando que en Sincé había ciclistas muy grandes, tan grandes como los antioqueños de entonces. Organizamos actos cívicos de toda naturaleza y también tuvimos una columna en el periódico que había en el pueblo, ***Ecos de Sincé***.

Hoy me pregunto cómo es posible que en ese pueblo, en semejantes circunstancias materiales, pudiera haber tantas preocupaciones por ese tipo de actividades cívicas y culturales.

Esa fue la segunda vez que se me apareció la diosa de la buena fortuna que me ha acompañado a lo largo de la vida, porque conté entonces con amigos que nutrieron en mí el sentido de la amistad y de la solidaridad. El fervor que les tengo y que recibo de ellos aún hoy, más de sesenta y cinco años después, es enorme.

Ese grupo de amigos tenía nombre de purgante: AVOGHAFÓN, porque se formó tomando las iniciales de los apellidos de cada uno de sus miembros: Acosta, Vega, Osorio, Garrido, Hernández, Acosta, otra vez, Falcón y Navarro.

De esta etapa quedaron los primeros amores de infancia y de adolescencia, aun cuando de ellos solo una pareja terminó en matrimonio. Recuerdo nuestros bailes y la forma en que aprendimos a hacerlo con música escuchada por radio, pues ese era nuestro único recurso para ese fin. Debiendo decir que por aquel entonces no se conocían los discos de 33 revoluciones, los LP, sino los de 78, y tampoco teníamos mucho en qué hacerlos sonar.

Una cosa muy linda, como manifestación de vida, tiene que ver con el valor de una de esas amistades. Resulta que Alfredo de la Vega, uno de los miembros del grupo, el que aportó la V en el AVOGHAFON, a quien llamábamos ***El zorro***, era absolutamente vivaz, inteligente, necio e indisciplinado, y por ello fue expulsado del grupo al no cumplir con los preceptos de la secta que imperaban en ella. Pero eso no hizo que peleáramos con él, sino que ya no hacía parte de esa rosca, ya no se le invitaba sino a ciertas cosas.

Con el paso de los años olvidamos el incidente y llegamos a ser tan cercanos que él terminó siendo el padrino de uno de mis hijos. Cuando nos hicimos profesionales nos reencontramos y nos deleitamos, como con la totalidad de los del grupo.

Alfredo, que se fue a vivir a Barranquilla, cuando coincidíamos allí me invitaba a los mejores restaurantes y departíamos recordando andanzas y amigos. Desafortunadamente lo mataron una noche de mediados de 1988 en un episodio absolutamente absurdo, producto de una discusión baladí. Este es uno de los dolores más grandes de mi vida, pues fue mi amigo entrañable.

Instituto Nacional Simón Araújo – Sincelejo

El Gimnasio Sincé no ofrecía sino hasta primer año de bachillerato, entonces tuve que salir del pueblo para poder seguir estudiando. Así, en 1957, cuando cumplí trece años, permanecí por un año en Corozal y estudié el segundo año de bachillerato en el Liceo Carmelo Percy. Pero ese colegio era privado y para nuestra familia no era fácil pagar la pensión más el internado, pues ese era un gasto bastante significativo para los ingresos familiares, por lo que fue necesario buscar otra alternativa.

A mediados de 1957 mi mamá tuvo que viajar a Bogotá porque Eutimio, mi hermano mayor, sufrió un accidente grave y hubo que internarlo en la Clínica Palermo. En esas penosas circunstancias unos amigos de Sincé le comentaron a mamá la posibilidad de gestionar para mí una beca en un colegio público nacional. Gestión que resulto exitosa y gracias a ello llegué a cursar interno tercer año de bachillerato al Instituto Nacional Simón Araújo en Sincelejo.

El internado me garantizó la comida y la dormida. Ahí empezó a funcionar plenamente la escalera educativa ideada por mis padres porque mi hermano mayor me hacía llegar quince pesos mensuales para pagar mis gastos. Así pude ir al cine cuatro o cinco veces al mes, pagar la lavada de la ropa, comprar los lápices y demás útiles.

Cuando me matriculé en el Araújo mi madre me dijo: "ahora depende de ti que te eduques, porque si te va bien en este colegio, vas a ser bachiller, y si eres bachiller, podrás irte a estudiar a la universidad". En otras palabras, me dijo: el problema es ahora tuyo.

Lo tomé con toda la seriedad. Lo digo sin ningún rubor porque fui muy buen estudiante al punto de que en el colegio se vivía una rivalidad muy profunda entre los internos, quienes comíamos y dormíamos en él, y los externos, muchachos de las clases medias de Sincelejo, porque los ricos iban a estudiar a Medellín, a Cartagena o a Bogotá.

Se vivía una competencia muy fuerte para ver a cuál de los dos grupos pertenecía el mejor estudiante del colegio. Afortunadamente me destaqué, pues siempre he tenido vocación de hacer las cosas bien, y llegué a ser el mejor bachiller de 1961.

Como dije antes, las circunstancias de mi buena fortuna son muy grandes. Por el año 60 llegó al Araújo una camada de profesores que habían estudiado en la Universidad Pedagógica en Tunja. Ya eran licenciados, gente joven, en sus tempranos veintes.

Tuve un profesor fabuloso de Historia de Colombia, Carmelo Ricardo. Él me cambió la visión del país, que había aprendido en el libro del hermano Justo Ramón, llena de héroes, de batallas, de la sucesión de obras grandiosas construidas en los gobiernos de los distintos presidentes, ya que enseñaba la historia nacional con base en ***Los grandes conflictos sociales y económicos*** de nuestra historia, de Indalecio Liévano Aguirre.

Julio (El Tollo) Flórez, profesor de trigonometría y física, animó en mí una capacidad de raciocinio abstracto impresionante, y me indicó que podría llegar a ser un buen ingeniero. También me impactó positivamente el profesor de química, Jairo Calderón. Además, estudiábamos francés, inglés e historia de la literatura española. Todo esto hizo que yo estuviera fascinado y fuera buen estudiante hasta graduarme, aun cuando nunca se me facilitó el estudio de los idiomas. (Foto)

El colegio tenía una pequeña biblioteca de libros clásicos y de literatura española. El profesor de historia de la literatura, Antonio Loaiza Cano, era un gran animador e hizo que yo terminara interesado en esos libros. Me gustó siempre la lectura de todo tipo, desde novelas de vaqueros, periódicos e inclusive avisos, los cuales he coleccionado para un divertimento que, años después, con algunos amigos llamamos el "Pensamiento Claro Colombiano".

Recuerdo que en tercero de bachillerato estudié el libro ***El castellano literario*** con el profesor Ernesto Panesso Robledo, una copia del cual conservo gracias a un regalo que me hicieron cuando fui contralor General de la República. Mantuve esa copia del libro en el despacho junto con el diccionario de la señora Moliner, porque he tratado siempre de ser riguroso con todo lo que digo y escribo.

Le sugerimos leer Origen y evolución del latín (II): vivirá (sólo) mientras no muera el Vaticano

Barrancabermeja

Mis padres, para que sus hijos estudiaran, tuvieron que dejar Sincé, porque era imposible pagar los estudios de todos por fuera del pueblo y también conseguir más becas. De hecho, Rosa una de mis hermanas mayores, ya había tenido una para sus estudios de normalista.

Fue por eso que la familia decidió emigrar a Barrancabermeja donde vivía mi hermano mayor desde 1957. Yo los visitaba en las vacaciones, como dije antes, y para eso viajaba en avión que iba desde Magangué, paraba en el Banco y luego en Barrancabermeja. El trayecto hoy en día no debe tomar más de veinticinco minutos, pero en ese tiempo tardaba, con esa escala, más de cuatro horas. La otra manera de trasladarse hasta Barranca era en un barco de vapor, a usanza de Fermina Daza y Florentino Ariza, en un viaje que podría demorar tres días.

Era evidente que en Barranca las condiciones de la vida material eran mucho mejores, pese al calor infernal del puerto petrolero. Había ventiladores, un lujo que en Sincé no hubiéramos podido tener por la falta de luz eléctrica; tampoco se cocinaba con leña, a la que estábamos acostumbrados, sino con gas propano. De nuevo, viví toda la alegría de estar juntos durante las vacaciones escolares que fueron siempre muy gratas.

Bogotá

Como terminé alejado físicamente de la familia cercana desde mis trece años, cuando tuve que viajar a Bogotá, ya sabía que debía defenderme solo. A la capital llegué en enero de 1962 a una pensión de estudiantes. No recuerdo grandes angustias, ni desesperanzas sobre lo que pudiera pasar. Conté con un tutor, amigo de mis padres, que me llevó a vivir a una pensión de costeños, como entonces se decía, en la carrera 4 con la calle 13 a una cuadra al norte de la Luis Ángel Arango. Allí me encontré con amigos caribeños, lo que hizo que no tuviera especial angustia por el cambio y los nuevos retos que este significaba.

Una anécdota muy curiosa tiene que ver con mi vestido de grado de bachillerato, que era uno de los tres con que contaba para vivir en Bogotá. Para mi mala fortuna, fue manifiesto que el sastre de Sincelejo me lo hizo muy grande, de suerte que para propósitos prácticos solo tenía dos y medio cuando Bogotá era tan frío que si no se veía Monserrate era porque estaba lloviendo y cuando se veía era porque iba a llover.

Por todo ello el clima de los primeros días me dio durísimo pese a la compañía, porque no estaba solo, estrictamente hablando, pero las condiciones climáticas no eran las más favorables para un calentano.

Universidad Nacional

Fui el primero de mis hermanos que ingresó a la universidad, los que me siguen también se hicieron profesionales, excepto una de mis hermanas menores que desafortunadamente murió en un absurdo accidente. De esa manera mis padres realizaron su sueño de la escalera educativa.

Soy economista de la Nacional, mi hermano Euclides es médico anestesiólogo y terminó su carrera profesional como jefe de anestesiología en la Clínica del Country. Los demás se dedicaron a la docencia. Aún los que no cursaron estudios universitarios fueron muy consagrados. Ejemplo de ello es mi hermano mayor, Eutimio, quien sin estudios universitarios formales llegó a ser jefe de mantenimiento en la Refinería de Barrancabermeja, motivado por el acentuado énfasis de mi madre de tener que ser alguien en la vida y no peones o mozos, como se decía en el argot popular, en las haciendas de Sincé.

Tengo muy poca motricidad fina, el dibujo se me daba muy mal en una época en que todo era manual, ni siquiera había calculadoras, sentí que no iba a tener un buen desempeño como ingeniero, y jamás se me pasó por la cabeza que pudiera estudiar matemáticas puras, y tenía mucha ilusión con lo social. Pensé que donde mejor podía combinar el estudio de las matemáticas con el de las ciencias sociales era en economía, y por eso me decidí por esa carrera.

El compromiso era pasar en la Universidad Nacional. Antes de presentar el examen de admisión sentí mucha angustia porque de no pasarlo, estaba claro que yo no podría estudiar en una universidad privada.

En ese entonces el examen de admisión se hacía en cada facultad y por eso llegué directamente a la Facultad de Economía, temblando de frío, por el clima, por mi precaria vestimenta y, porque, además, tenía el miedo de lo que iba a ocurrir si no pasaba el examen.

Superada esa prueba comencé a estudiar economía en la Nacional, y también a hacer un buen núcleo de amigos, muchos de los cuales aún conservo, en especial aquellos con quienes años después creamos la Fundación de estudios económicos y sociales -FINES-.

Me dediqué a mi carrera logrando que siempre me devolvieran los sesenta pesos que valía la matrícula anual dadas mis calificaciones, pues me mantuve dentro de los tres mejores estudiantes de la clase. El primer año, mis hermanos me mandaban doscientos cincuenta pesos mensuales, con los que pagaba doscientos veinte en la pensión que me daba derecho a dormida y comida excepto los domingos por la tarde. Con los treinta pesos mensuales restantes pagaba el restaurante el domingo por la tarde, el transporte, la lavada de la ropa, algunas entradas al cine y el periódico El Siglo.

Esta última compra impactó temprano mis relaciones en la Universidad, pues había unos muchachos muy inquietos con ideas izquierdistas que me pedían prestado el periódico y resultaron ser de la juventud comunista. A través de ellos se dieron unas primeras cercanías políticas con grupos de izquierda, a pesar del conservatismo heredado de mi padre y de mi hermano Eutimio.

En 1962 se produjo un hecho muy importante en la Universidad que en adelante marcó lo que sería mi vida de estudiante. El 4 de junio el Consejo Superior Estudiantil promovió una manifestación en solidaridad con una huelga que se daba en algún lugar del territorio nacional. Previo a lo cual, los dirigentes estudiantiles se habían reunido con el presidente, Alberto Lleras, que estaba por terminar su período, y se comprometieron a que no habría desmanes. Por su parte, el presidente dijo que no habría ejército ni policía en las calles, ni ningún acto represivo de la protesta estudiantil.

La manifestación, a la cual asistí por curiosidad, transcurrió tranquilamente, y luego me fui a pie a la pensión pues quedaba cerca de la Plaza de Bolívar. Minutos más tarde me enteré de que se habían presentado grandes destrozos, desmanes, que habían apedreado El Tiempo, la Catedral y diversos establecimientos de comercio.

Los estudiantes de la Facultad de Medicina tenían un periódico, ***Bisturí***, en el cual publicaron un editorial diciendo que condenaban los hechos violentos sucedidos durante la manifestación, excepto en el caso del diario ***El Tiempo***, donde consideraban legítimo que los estudiantes le echaran piedra por su posición de vendido al imperialismo y demás.

Las directivas de la Universidad, por el contenido de ese editorial, decidieron expulsar a quienes lo firmaron y a otros estudiantes, entre los cuales estaban Jaime Pardo, después candidato de la UP, y asesinado años más tarde (1988); Julio César Cortés que jugó un papel fundamental en el movimiento estudiantil, puesto que después fue presidente de la Federación Universitaria Nacional (FUN) y gran amigo de Camilos Torres, con quien se fue al monte en Santander a finales del año 65 y, como muchos otros estudiantes, fue fusilado por los cabecillas del ELN, y, María Arango, estudiante de sociología y animadora del movimiento estudiantil en la primera mitad de los años sesenta.

Esto produjo un clima de confrontación entre las facultades conservadoras, una de las cuales era la de Economía, cuyas directivas y profesorado apoyaron irrestrictamente las medidas tomadas por las directivas. Pero, otros grupos, con la Facultad de Sociología a la cabeza, sustentaban que no estaba bien que expulsaran a los estudiantes sin, lo que ahora llamaríamos, un debido proceso. Los de sociología ganaron un espacio importante y como para ese momento yo ya conocía simpatizantes de las fuerzas que estaban a favor de los estudiantes expulsados ello hizo que me fuera acercando a posiciones más de izquierda y me preocupara por las luchas estudiantiles y que quisiera tener alguna actividad dentro de ellas.

Movimiento estudiantil

Los Consejos Estudiantiles de las Facultades estaban integrados por un estudiante de cada curso (que entonces eran anuales y no semestrales) y usualmente había cinco en cada carrera. A mitad de 1962 el representante de mi curso, que había sido elegido al principio del año, se retiró de la facultad y entonces fui elegido para reemplazarlo. A partir de allí hice la carrera en el escalafón del movimiento estudiantil, ya que fui representante de mi curso desde el primero hasta el cuarto año.

El consejo estudiantil de cada facultad elegía a uno de sus miembros para integrar el Consejo Superior Estudiantil (CSE) que estaba conformado por veintiséis representantes, pues ese era el número de las Facultades. En cuarto año salí elegido por Economía como representante de los estudiantes de la Facultad ante el CSE y fui designado vicepresidente del mismo.

Consejo superior universitario

El último año fui elegido primero representante de los estudiantes ante el Consejo Directivo de la Facultad de Economía y luego representante de los estudiantes ante el Consejo Superior Universitario. Esto quiere decir que, en 1966, a mis veintidós años, yo me senté con el ministro de Educación, con un representante del ministro de Hacienda, con sendos representantes de los decanos, de los profesores y de los egresados, con el rector, y con Juan Fernando Pérez, el otro representante de los estudiantes, a dirigir la Universidad Nacional.

En ese contexto tuve mucha cercanía con el profesor José Félix Patiño Restrepo, quien había sido designado rector a mediados de 1964 y durante su gestión adelantó una profunda transformación del Alma Mater.

Eso fue así porque el doctor Patiño, cuando llegó a la rectoría, dijo: “Aquí no hay Universidad sino una federación de veintiséis facultades que operan cada una por su lado y por lo tanto deben ser integradas en unas pocas unidades docentes por razones académicas y administrativas”.

Comenzó su reforma predicando, además, que el movimiento estudiantil era soporte estructural de la reforma que él quería hacer y medio útil para promover su difusión y desarrollo. Algo que era música para los oídos de los dirigentes estudiantiles acostumbrados a oír calificativos desobligantes y a opiniones descalificadores sobre nuestra tarea.

De allí que los estudiantes, en su inmensa mayoría, apoyáramos la reforma del doctor Patiño que significó un fortalecimiento de la Universidad en su presupuesto, en su infraestructura física y en la ampliación del número de estudiantes y de los profesores, en especial de los de tiempo completo y dedicación exclusiva.

Toda la reforma se dio en medio de un clima intelectual muy enriquecedor pues el profesor Patiño, además de su concepción humanista de la enseñanza, y de creer que la Universidad tenía que proyectarse al desarrollo nacional, también se propuso fortalecer la formación cultural de los estudiantes para lo cual nombró como directora de esta área a Marta Traba, la pontífice del arte en ese momento, y a Santiago García, responsable de la actividad teatral en la universidad, habiendo montado la obra Galileo Galilei, de Bertolt Brecht, con los estudiantes como actores. De ellos, años más tarde, algunos fueron sus colaboradores en el teatro La Candelaria.

Conceptualmente el lema de la reforma Patiño fue integración y desarrollo, ya que en su opinión debía la Universidad integrarse a su interior administrativa y académicamente para de esa manera propender por el desarrollo del país.

Los estudiantes apoyábamos en general la idea de la integración y fue así como se crearon principalmente las facultades de Ciencias, de Arte y de Ciencias Humanas. Esta última integrada por las antiguas facultades de Ciencias de la educación, Psicología, Sociología y Economía.

En el caso de Economía se formaron dos grupos. Uno, el de los directivos, la mayoría de los profesores y unos pocos estudiantes, que no quería la integración argumentando que hacerla significaba desprofesionalizar la enseñanza. El otro, constituido por la mayoría de los estudiantes y unos pocos profesores, que éramos partidarios de las ideas del rector Patiño y de Fals Borda que propendían por una formación más universal y humanista de los estudiantes. Nosotros tomamos partido por las ideas del doctor Patiño, apoyamos la creación de la Facultad de Ciencias Humanas y la integración en contra de los directivos de la Facultad de Economía.

Cuando ganamos la lucha por la integración fue nombrado director del Departamento de Economía el profesor Lauchlin Currie, quien había sido asesor del presidente Roosevelt para las negociaciones con China al término de la Segunda Guerra Mundial, a los treinta y tres años había redactado la Ley de Bancos de los Estados Unidos, y uno de sus escritos en el ***American Economic Review*** fue seleccionado como una de las colaboraciones paradigmáticas de esa revista en sus primeros cincuenta años de publicación

Pero resulta que Currie fue acusado por Joseph MacCarthy, como muchos otros funcionarios gubernamentales e intelectuales, de haber trabajado como espía para el comunismo soviético y por lo tanto tuvo que salir de los círculos del poder en los Estados Unidos, a pesar de que nunca se probaron esos cargos. Fue así como terminó trabajando para el Banco Mundial y estando allí vino a Colombia en 1949, como jefe de una Misión encargada de promover el desarrollo nacional, y aquí se quedó prácticamente por el resto de su vida.

Tuve la oportunidad de ser su alumno durante ocho meses, tiempo suficiente para que imprimiera en mí un cambio de mentalidad sobre la Economía y su enseñanza. Hasta antes de su llegada a la dirección del Departamento de Economía los estudiantes de esa disciplina en la Nacional, y en general los de todas las universidades en el país, recibíamos unos conocimientos instrumentales para ejercer oficios, es decir nos enseñaban cómo hacer ciertas cosas.

Currie, por el contrario, predicaba que el análisis económico era para aprender a comprender, para entender los problemas y para proponer soluciones a los mismos y por lo tanto hizo énfasis en que era fundamental que entendiéramos el funcionamiento de la economía colombiana, algo que bajo el anterior esquema pedagógico se enseñaba poco. Ese fue un cambio de paradigma muy grande y me marcó para el ejercicio profesional en especial porque, más adelante, terminaría trabajando con él en el Departamento Nacional de Planeación.

Los estudiantes apoyamos con entusiasmo las ideas integracionistas del doctor Patiño, su apoyo al movimiento estudiantil y su propósito de fortalecer la Universidad Nacional, pero discrepábamos con él en lo político porque el afirmaba que mediante ese fortalecimiento se terminaría trasformando el país, mientras nosotros decíamos que sólo si se transformaba el país a fondo se fortalecería la Universidad.

Esas discrepancias, y problemas que hubo en otras universidades públicas, en especial en la UIS y en la Universidad de Antioquia, hizo que existieran tensiones y controversias entre la dirección de la Universidad, con el doctor Patiño a la cabeza, y los dirigentes estudiantiles, a pesar de lo cual nunca se produjeron sanciones y menos un cierre de las actividades después de los sucesos de junio de 1962, cuando la Universidad se cerró hasta mediados de agosto de ese año.

Mamertos

Esas tensiones se profundizaron luego del surgimiento del ELN y de que Camilo Torres empezó a liderar el movimiento político Frente Unido. Eventos que hicieron que se agudizaran las diferencias entre las distintas vertientes del movimiento estudiantil, y en especial entre aquella partidaria de la insurrección armada y otra que veía las luchas estudiantiles más en el terreno de la lucha gremial: es decir, luchar principalmente por más y mejores profesores, más estudio de la realidad nacional, mejores facilidades de residencias y cafeterías etc., y menos por el apoyo a la lucha guerrillera. Esa última tendencia, con la cual yo me identificaba, empezó a ser denominada de ***los mamertos***, por extensión del calificativo que así se le daba al partido comunista.

Resulta que el Partido Comunista era dirigido por Gilb**erto** Vieira, Filib**erto** Barreto, y otro con nombre terminado en **erto**. Entonces, los enemigos de ese partido decían que había que acabar con Gilberto, Filiberto y demás ***mamertos*** porque no eran lo suficientemente audaces para plantear la lucha armada como el único camino de solucionar los problemas del país. Pensaban que las luchas gremiales, en general, no eran el camino para conseguir el cambio que se requería.

“Apoyos que tumban”

Cuando en agosto de 1966 se terminaba el mandato del doctor Patiño como rector, a pesar de las discrepancias que habíamos tenido con él, el movimiento estudiantil decidió expresarle respaldo apoyando su reelección para un nuevo período y para ello preparamos un comunicado que decidimos hacer público previo una reunión que le solicitamos para manifestarle nuestra decisión. Profundamente emocionado al saber que, luego de los muchos sinsabores que le habíamos hecho pasar, reconocíamos sus propósitos y sus logros, con humor boyacense, nos dijo: “muchachos les agradezco los términos del comunicado, pero les voy a pedir el favor que lo guarden y no lo hagan público porque hay apoyos que tumban” (Risas).

Manifestación que se debe contextualizar para conocer la profundidad que tenía. Carlos Lleras Restrepo, que se había posesionado como presidente el 7 de agosto de 1966, había intentado lanzar su candidatura presidencial en la Universidad Nacional en el mes de noviembre de 1964 casi dos años antes de las elecciones. Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano que tenían una columna en la página Universitaria de ***El Tiempo*** recibieron a una gente que les dijo que cómo iba a ser que el candidato del Partido Liberal no visitara la Universidad y les garantizaron que no pasaría absolutamente nada si el candidato iba a la Universidad. Por su parte conocida la fecha de esa visita, los dirigentes estudiantiles decidieron que era una buena oportunidad para hacer un pronunciamiento sobre la situación del país a través de unas palabras del presidente de la Federación Universitaria Nacional (FUN).

Cuando el doctor Lleras se hizo presente en el aula máxima de la Facultad de Derecho alguien lanzó un huevo o un tomate, no recuerdo bien, lo que provocó una zambra que hizo que el rector Patiño y otros de los organizadores lo refugiaran en la decanatura de la Facultad de Derecho, y solo pudo salir de allí cuando el Batallón Guardia Presidencial entró a su rescate.

A pesar de ello el ejército no detuvo a ningún estudiante y las directivas de la universidad tampoco impusieron sanciones, a pesar de que fueron públicas las fotos de algunos de los estudiantes agresores. Esta historia está narrada en las memorias de Enrique Santos Calderón y también de manera detallada en mi libro ***Relatos de los oficios y los días.***

El doctor Lleras nunca olvidó ese incidente y cuando llegó a la Presidencia lo primero que dijo fue: “La Federación Universitaria Nacional es de izquierdistas que no representan a los estudiantes. Por consiguiente, el Gobierno no va a hablar con ellos”. De esa manera que alguien contara con el apoyo de estudiantes que éramos reconocidos partidarios de la FUN era más un lastre que un apoyo y de allí la reacción del doctor Patiño frente al texto de nuestro comunicado.

La gestión del doctor Patiño fue unánime reconocida y alabada por todos los estamentos de la Universidad quienes, al igual que los estudiantes, le pidieron seguir como rector, pero él decidió retirarse e irse a dirigir la Federación Panamericana de Asociaciones de Facultades de Medicina.

Fin de la representación estudiantil

Bajo un nuevo rector, en octubre de 1966 el presidente Lleras Restrepo anunció que visitaría un lugar cercano a la facultad de Veterinaria en compañía de Nelson Rockefeller, cuya Fundación venía apoyando el sector agropecuario del país.

Ante ese anuncio los dirigentes estudiantiles consideramos que lo prudente era respetar esa decisión, pero grupos radicales anarquistas intentaron atacar la comitiva presidencial, ante lo cual el ejército ingresó a la universidad produjo destrozos y muchos estudiantes fueron detenidos.

A raíz de esos hechos el gobierno nacional, en virtud de un decreto de estado de sitio, decretó turbado el orden público, derogó apartes de la ley que regía el gobierno de la Universidad y prohibió la representación estudiantil en sus órganos de gobierno, con lo cual terminó mi período como representante de los estudiantes en el Consejo Superior Universitario de la Universidad Nacional, que se había iniciado en abril de 1966.

Los siete meses de esa experiencia fueron muy enriquecedores por lo mucho que aprendí sobre el manejo de la Universidad y por el disfrute de los rasgos de humor conque varias veces fui reprendido por algunas de mis intemperancias.

No habiendo sido sometido a prisión a principios de 1967, a diferencia de otros compañeros del movimiento estudiantil, pude dedicarme a terminar mi monografía de grado y obtuve el título de economista en abril de ese año.

Investigador y profesor en la Universidad Nacional

Una vez graduado me vinculé al Departamento Nacional de Planeación a donde fui de la mano de Antonio Urdinola, jefe de la Unidad de Estudios Macroeconómicos, quien había sido mi profesor en el último semestre en la Universidad Nacional. Allí me dediqué a la evaluación de los proyectos de inversión extranjera y en esas estuve hasta cuando me vinculé como profesor al Departamento de Economía de la Nacional e investigador del Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID), pensando en convertirme en becario del programa de estudios en el exterior para el cual el profesor Currie había conseguido apoyo de la Fundación Ford.

Universidad de Rice

Por suerte fui seleccionado como becario de ese programa y en septiembre de 1968 empecé el postgrado en Economía en la Universidad de Rice, en Houston, sin ser bilingüe. Allí estudié durante dos años y aprobé todos los cursos para el doctorado. Fui estudiante de tiempo completo con cerca de cuarenta horas semanales de consagración en la biblioteca y tan solo doce horas de clases presenciales. Mi única obligación fue estudiar pues la beca tenía un estipendio razonable.

Durante los años de la vida en Rice la compañía más cercana me la prodigó Betsy, con quien nos habíamos ennoviado a mediados de los años sesenta, nos casamos en junio de 1968 y tuvimos nuestro primer hijo en febrero de 1969.

El sindicato

Durante el tiempo que estuvimos en Rice, como durante toda la vida desde entonces hasta hoy, Betsy ha sido soporte y compañía en mis oficios y mis días y, muy especialmente, vigilante atenta de la calidad de la salud y de la educación de nuestros tres hijos varones (José Luis, Camilo y Javier) y de Bexielena la hija menor.

Fue por eso que, en julio de 1987, al agradecer las palabras del doctor Oto Morales Benítez en el homenaje que me organizaron mis compañeros al retirarme de la presidencia de la Financiera Eléctrica Nacional, dije que, al igual que él yo tenía muchos amigos, sindicatos de amigos, y que, en mi caso, el primero de esos sindicatos lo constituían Betsy y mis cuatro hijos.

Y también fue por eso, y por la paciencia de Betsy cuando incurrí en algún desliz, que la dedicatoria de mi libro de memorias ***Relatos de los oficios y los días*** dice: “Para el sindicato, incluida su más reciente membresía, por supuesto.” Con lo cual en ese sindicato incluí a mis cuatro nietas y nietos: Julieta, Alejandra, Pablo y Simón, desde siempre música de todos los días.

Frustración

A mi regreso de Rice busqué vincularme a la Universidad Nacional como profesor, como era mi obligación, pero pasaron seis meses sin que se oficializara mi vinculación y sin que me pagaran a pesar de estar trabajando desde mi regreso al país en julio de 1970. Para esa anómala circunstancia la burocracia de la Universidad adujo la falta de algún papel, pese a que contaba con el apoyo del del rector que entonces era Mario Latorre Rueda, quien fue Secretario General de la Universidad en tiempos de la rectoría del doctor Patiño. Por ello me vi obligado a buscar trabajo en otro sitio, pues a finales de 1970 ya no había amigo a quien no le debiera.

Alguien afirmó que yo me había ido sin cumplir mis obligaciones como ex becario, pero claramente fueron las dificultades de subsistencia las que me llevaron a dejar la Universidad e irme nuevamente a Planeación Nacional donde trabajé en la Unidad de Estudios Agrarios que allí dirigía Roberto Junguito.

Estando en esas Hugo Restrepo, egresado de Economía en la Nacional, quien había reemplazado al doctor Alfonso Ocampo Londoño como rector en la Universidad del Valle, luego de una larga y traumática huelga estudiantil que se inició en ese centro docente y se extendió durante varios meses por buena parte de las universidades públicas del país durante el primer semestre de 1971, me ofreció irme a trabajar con él como Decano de Economía.

Acepté después de consultas con algunos amigos a quienes les propuse que nos fuéramos a Cali a tratar de hacer realidad la construcción de una Facultad de Economía como la que habíamos soñado en la Nacional y vislumbrado durante los meses en que fuimos alumnos del profesor Currie. Entre otros me acompañaron Alberto Corchuelo, Jorge Orlando Melo, Juan Correa y algunos otros que se comprometieron a ir los fines de semana a Cali para enseñar algunos cursos y ayudar a desarrollar la reforma que teníamos en mente.

Pero esa empresa resultó un verdadero desastre porque el movimiento estudiantil había adquirido un grado de politización y confrontación absolutamente insoportable. Llegué a finales del mes de julio de 1971 a una reunión que en enero de 1972 aún no se había terminado. Había que reunirse para decidir todo, lo cual, casi sin exageración, incluía hasta la escogencia del color de la papelería, porque todo había que definirlo, según decían los dirigentes estudiantiles, por vía de un proceso democrático.

Así, terminé aburrido con la idea de habernos ido a la Universidad del Valle, y renuncié al cargo, con lo cual concluyó la que sin duda fue una de las experiencias más frustrantes de la vida, que duró siete meses, no sólo porque tuve que abandonar un proyecto en el cual creía, sino porque terminé distanciándome de muchos de mis amigos más cercanos.

Especialización en política monetaria

De vuelta a Bogotá, La Corporación para el Fomento de la Investigación Económica, que dirigía Miguel Urrutia, me dio fondos para que me dedicara a la investigación sobre política monetaria, como en efecto lo hice.

Así desde inicios de 1972 comencé a trabajar sobre política monetaria y preparé dos trabajos, el primero de los cuales fue sobre la política de redescuento y le produjo el disgusto a mi madre que mencioné antes. Desde entonces hasta 1996, cuando me vinculé como miembro de la Junta Directiva del Banco de la República, no hubo año en que no publicara algo sobre este tema, excepto cuando fui funcionario público.

A esa especialización contribuyó notablemente el profesor Currie, quien a fines de 1972 me invitó a trabajar con él en Planeación Nacional y lo acompañé hasta que terminó el gobierno del presidente Pastrana Borrero. Estando allí me dio a leer su libro ***The supply and control of money in the United States***, basado en su tesis de doctorado en Harvard y puso especial énfasis en que entendiera a fondo el capítulo 3, titulado ***Money and credit***, pues consideraba clave que yo conociera la diferencia entre esos dos conceptos.

En ese capítulo presenta de manera dialéctica una discusión semántica, muy enriquecedora, entre autoridades de la economía mundial en esas materias. Le atribuía tanta importancia a la distinción entre ***dinero y crédito*** que me dijo que cuando la tuviera clara, podía considerar que ya había empezado a saber de política monetaria. Me fasciné con el tema porque el profesor Currie era un cultor, absolutamente fabuloso, de la semántica.

Universidad de los Andes

Al tiempo que trabajé las investigaciones sobre política monetaria fui profesor visitante en la Universidad de los Andes, lo que quiere decir que no me pagaban, pero me daban una oficina, me permitían el acceso a la biblioteca y podía interactuar con el cuerpo docente.

Allí estaban entonces, entre otros, Guillermo Perry, que era director del CEDE, Manuel Ramírez, Guillermo Calvo, Álvaro Reyes y Bernardo Kugler, todos los cuales fueron con el paso de los años distinguidos académicos y cercanos amigos, con excepción de Guillermo Calvo quien se fue a Estados Unidos y perdí contacto con él.

Decano de la Facultad de Economía en la Universidad Externado de Colombia

Estando en Planeación conocí a Enrique Low, un ser maravilloso, quien fuera ministro de Justicia del presidente Virgilio Barco y firmó unas extradiciones de narcotraficantes que lo sentenciaron a muerte. A pesar de ello, luego de haber sido embajador, Enrique volvió absolutamente desprotegido al país y daba clases hasta las siete de la noche, para lo cual se movilizaba en taxi. Saliendo de una de sus clases en la Universidad de la Salle al anochecer lo asesinaron vilmente. Otro asesinato que me dolió en alma porque Enrique era un hombre bueno, en el sentido de la palabra bueno, como alguna vez cantó el poeta.

En 1974, a finales del gobierno del presidente Pastrana Borrero, Enrique me contó que se iba a trabajar el BID, y me preguntó si quería que hablara con el doctor Fernando Hinestrosa para que yo lo remplazara como decano de la Facultad de Economía en el la Universidad Externado de Colombia.

Le agradecí y le dije que sería conveniente que habláramos a fondo con el doctor Hinestrosa para definir las condiciones de mi vinculación. Nos tomó un tiempo largo acordar lo que se haría para fortalecer la Facultad, pues eran necesarias algunas reformas al pensum y vincular nuevos profesores, con lo cual Enrique estuvo de acuerdo. Con el apoyo del doctor Hinestrosa y la colaboración de algunos de los amigos de FINES, incluidos algunos de quienes se habían ido como profesores de tiempo parcial a la Universidad del Valle, terminamos estructurando una facultad de Economía como la que habíamos soñado desde los tiempos de estudiantes en la Nacional: rigurosa en lo técnico, analítica de la realidad nacional, pluralista en lo ideológico, no dogmática y dispuesta a promover el debate.

Luego del concepto de los visitadores del ICFES que analizaron el programa a principios de 1975 y lo calificaron como sobresaliente aumentó el apoyo del doctor Hinestrosa a nuestro empeño y se fortalecieron las relaciones con los demás sectores de la Universidad, gracias al trabajo de Rodrigo Manrique, Luis Bernardo Flórez, Cesar González, Homero Cuevas, Jesús Antonio Bejarano, Gabriel Misas y Gustavo Jiménez, principalmente. Uno de los amigos más cercanos, entre los cercanos, que no estuvo en ese combo fue Alberto Corchuelo, el compañero de las primeras cervezas en los días iniciales de la nacional, ferviente lector de Dostoyevski, que se fue conmigo para Cali y se quedó toda la vida enseñando e investigando en la Universidad del Valle.

El trabajo en el Externado fue un gran logro y una experiencia muy satisfactoria, pues me permitió, además de dirigir la reforma y seguir trabajando sobre política monetaria, ser alumno informal del doctor Hinestrosa, que era un gran maestro. Eso fue así, porque nos reuníamos una vez a la semana para revisar la marcha de la facultad, pero la conversación derivaba al examen de la vida nacional en todos sus matices.

Fernando Hinestrosa fue un gran defensor del buen uso del idioma y una de sus constantes preocupaciones fue la de que los educandos del Externado se expresaran y escribieran con claridad, porque fue un crítico de la terminología absurda y enredada que empleaban los jóvenes profesionales. Su discurso al posesionarse como miembro de la Academia de la Lengua es exquisito, absolutamente extraordinario, fantástico. Es una lección de vida, del buen decir, de por qué es fundamental que se hagan leyes claras para que pueda haber buen gobierno, y de cómo, a veces, en el país, el idioma se utiliza de manera impropia con muy distintos fines.

Confieso que me aproveché de esa sapiencia y aprendí mucho de Fernando Hinestrosa.

Caja agraria

En el Externado trabajé cinco años aun cuando solo los primeros dos lo hice de tiempo completo, porque fui nombrado subgerente bancario de la Caja Agraria. Le comenté al doctor Hinestrosa sobre ese ofrecimiento, que era un cargo de segundo nivel en uno de los bancos más grandes del país.

Él me invitó a que continuara en la Facultad, pero insistí en aceptar porque tener un cargo administrativo para mí era importante, después de casi diez años de haberme graduado de la Universidad y estar dedicado a la docencia y la investigación.

Entonces me dijo: “vaya, pero no abandone la decanatura”. Me nombró un asistente de tiempo completo para que pudiera asumir ese cargo y tener la experiencia. Él sabía que me iba a aburrir y a regresar.

Así pasó, viví la experiencia por dos años, me retiré al final del gobierno del presidente López Michelsen y volví al Externado ya no como decano, porque Enrique Low había regresado y era claro que retomaba su cargo.

Estando en la Caja Agraria no tuve interferencia política manifiesta para el ejercicio de mis funciones, pero sí se vivía la presión para tomar decisiones de dudosa conveniencia para la entidad.

Lo más positivo de esa experiencia, sin embargo, fue que diseñé y aprendí a manejar los presupuestos de una institución financiera, lo que se convirtió en una escuela muy valiosa ya que la Caja era una institución con cerca novecientas oficinas, algunas de las cuales no tenían sino el telégrafo como medio de comunicación, ya que ni siquiera contaban con un teléfono. Para llegar a muchas de ellas había que hacerlo por vía fluvial, o en avión, pues no tenían carreteras para llegar a ellas. Por eso la Caja contaba con tres aviones para llevar y recoger el dinero a los Territorios Nacionales y a todas las zonas apartadas.

En esas anduve hasta el inicio del gobierno del presidente Turbay.

Fase superior del rebusque

Durante los años de ese gobierno, al tiempo que estuve como profesor en el Externado, me dediqué a la consultoría pues monté una oficina en la cual me acompañé de algunos de mis amigos más cercanos y con ellos decidimos bautizar a la consultoría como la ***fase superior del rebusque.***

Fueron cuatro años de dedicación intensa para clientes como el BID, la Caja Agraria y otros igualmente importantes. Me fue bastante bien porque tuvimos mucho trabajo junto a unos compañeros fabulosos, en especial Homero Cuevas, profesor de Economía en la Nacional y en El Externado toda la vida, y compinche de bohemia y de conversa durante muchas horas.

Aun cuando yo era el dueño del aviso, las relaciones de trabajo con los compañeros siempre fueron cordiales porque con los ingresos se atendían los gastos de administración, le pagábamos al personal que contratábamos como asistentes e investigadores, cubríamos nuestros honorarios y luego repartíamos las utilidades. Este arreglo funcionó muy bien siempre, durante cuatro años, sin ningún acuerdo legal formal.

Financiera eléctrica nacional – FEN

Al inicio del gobierno el presidente Betancur nombró ministro de Agricultura a Roberto Junguito, quien había sido mi jefe en Planeación Nacional. Entonces Roberto me invitó a trabajar en una de las entidades de crédito del sector agropecuario la Compañía Financiera para el Fomento del Agro – COFIAGRO, pues él, como ministro, presidía su Junta Directiva.

Estaba tentado a aceptar cuando mi paisano y amigo Carlos Martínez Simahan, ministro de Minas, me invitó a dirigir la Financiera Eléctrica Nacional – FEN. Entonces le pregunté: ¿Qué es eso? Se trataba de una empresa que se acababa de fundar a finales del gobierno del presidente Turbay para el financiamiento del sistema eléctrico del país.

Cuando terminé por aceptar el ofrecimiento de Carlos, recibí el texto de la ley, unos estatutos y una chequera en donde se registró la capitalización inicial que hicieron las empresas del sector eléctrico. Es decir, estaba todo por hacer: conseguir la sede y dotarla, definir el modus operandi, seleccionar los empleados y todos los etcéteras imaginables.

Arduo trabajo que se convirtió durante cinco años en una etapa espléndida en mi vida, porque conté con el apoyo del presidente Belisario Betancur y de los ministros Carlos Martínez, luego de Álvaro Leyva, más tarde de Iván Duque Escobar, papá del hoy presidente de la República, y finalmente de Guillermo Perry y de unos colaboradores esplendidos.

Me posesioné el 15 de septiembre de 1982 como su presidente y armamos la FEN, lo digo sin ninguna modestia, como una tacita de plata. Como dije antes, recibí una escritura, una chequera y unos estatutos y menos de dos años después, en junio de 1984, la FEN consiguió un crédito por trescientos cincuenta millones de dólares estructurado por el Banco Mundial, el Midland Bank, el Banco del Japón, Paribas y con la participación de un consorcio de treinta y siete bancos internacionales privados, en medio de la peor crisis de la deuda externa en América Latina. Gracias a esos recursos y a la captación de ahorro interno la FEN pudo financiar el desarrollo del sector eléctrico durante los años ochenta.

Para la organización del trabajo escogí las oficinas, el mobiliario, el carro de la presidencia, y dirigí su organización y sus reglamentos. Es decir, todo, desde lo más insignificante hasta lo más trascendental, fue objeto de análisis por el grupo de amigos que conformé para llevar a cabo esa tarea, en medio de multitud de anécdotas y el manejo del sentido del humor.

Una de ellas fue, durante meses, el estandarte del grupo.

Al inicio, el presidente Betancur me recibió para darme algunas instrucciones e informarme de sus expectativas sobre el futuro del trabajo. Luego de examinar lo fundamental y lo trascendente, me dijo: “Una cosa más, Antonio, vaya a los juzgados de la 17 y obsérvelos cuidadosamente. Después, pídale una cita a Jaime Michelsen y observe también su oficina. Quiero que las oficinas de la FEN se parezcan más a la de Michelsen que a los juzgados”.

Cumplí esa instrucción al pie de la letra pues escogimos para sede unas oficinas en la calle 72 con carrera séptima, frente al Club de Banqueros y diagonal al edificio donde hoy funcionan las oficinas del Banco Mundial, que entonces no estaba construido, en la cual la presidencia se instaló en el piso 20 con vista para los cuatro puntos cardinales ya que al occidente se alcanzaban a ver las pistas del aeropuerto El Dorado, al sur la carrera 7ª hasta la calle 57, y al norte y al oriente parte de los cerros. La dotamos con un mobiliario elegantemente discreto y conseguimos unos cuadros originales de pintores nacionales y unas réplicas de tres esculturas del maestro Arenas Betancur.

De esa manera la presidencia de la FEN siempre fue objeto de sanas alabanzas y al punto que a medianos de 1984 uno de los grandes escritores de este país, en compañía del presidente de la Bolsa de Valores, asistió a una recepción que ofrecíamos en nuestra sede, y me dijo: “Quien quiera que sea usted, no se merece esta oficina” (risas).

Cuando al día siguiente le comenté la anécdota a los vicepresidentes y a otros cercanos colaboradores, hubo acuerdo unánime en que había que invitar al presidente Betancur a conocer la sede y con esa frase celebramos siempre los muchos logros que tuvimos y la envidia que, a veces, suscitaba nuestra sede.

Un hecho notable es que el Banco de la República no estaba muy entusiasmado con la idea de que hubiera una entidad gubernamental que fuera un banco de segundo piso, que le hiciera competencia a la imagen de los Fondos Financieros que él manejaba. Pues el ejemplo del sector eléctrico y la FEN podían seguirlo otros sectores, con lo que eso significaba para su poder. Cosa que terminó pasando pues a imagen y semejanza de la FEN años más tarde se crearon Finagro y Findeter y el Banco de la República terminó dejando de manejar el crédito de fomento que durante más de cuarenta años hizo a través de sus Fondos Financieros.

En su época de mayor cobertura crediticia la FEN tuvo únicamente setenta empleados, con ellos hicimos la tarea y con la ayuda de los comisionistas de bolsa a quienes les pagamos para que captaran recursos en el mercado interno de capitales.

Como teníamos muchas utilidades, producto de la capitalización que nos hizo el gobierno y de la expansión de la operaciones, el presidente empezó a pedirle recursos a la FEN para dedicarlos a la cultura.

Este objetivo era muy amplio y nos llevó a crear un Fondo para canalizar recursos hacia la protección del medio ambiente, al que llamamos ***FEN COLOMBIA***, con el cual se hizo el primer libro sobre los parques naturales del país y otros sobre sus regiones naturales; patrocinamos concursos para las mejores prácticas ambientales; y creamos el ***Premio a la Vida y Obra de los científicos*** que hubieran hecho aportes significativos a la ecología y las ciencias ambientales que fue otorgado en los 15 años de existencia de FEN COLOMBIA a Julián González Patiño (el hermano Daniel), Ernesto Guhl, Teresa Arango Bueno, Víctor Manuel Patiño, Thomas Van Der Hammen y Jorge Hernández Camacho (el mono Hernández).

Como captábamos recursos del ahorro de los sectores más pudientes en el mercado nacional, muchos de los cuales eran amigos de la cultura, hacíamos publicidad en la HJCK, en el Teatro Libre, y en las actividades que desarrollaban otros centros culturales.

A mi salida de la FEN, después de cinco años, recibí reconocimientos de tirios y troyanos, de los cuales, además de unas dedicatorias de libros del presidente Betancur, conservo una comunicación de Álvaro Castaño Castillo y de Gloria Valencia, absolutamente maravillosa. Pero también de Carlos Pinzón y de la Ermita del Arte, y otras más que me halagaron profundamente.

De todas las dedicatorias que recibí, la que más tocó mis emociones fue la de mis padres ya que cuando me posesioné me pusieron un telegrama que decía: “Hoy, todo el mundo te alaba y te felicita, nosotros lo haremos al final de tu mandato, si te lo mereces”. Cuando me retiré me escribieron: “Hoy te mandamos las felicitaciones que te adeudábamos”.

Renuncié a la FEN, fundamentalmente porque estaba un poco aburrido con la monotonía del trabajo y porque consideraba que ya había hecho una labor reconocida y destacada y fue por eso que decidí volver a la fase superior del rebusque.

Colgas

En esas estaba cuando un compañero de la Universidad Nacional me llamó para decirme que José Urbina, un empresario del gas propano de Cúcuta, quería conversar conmigo para que le explicara el éxito de la FEN.

Acordamos los términos del encuentro y en esa reunión, luego de desarrollar el tema de su interés, Urbina me preguntó: "¿A usted no le gustaría ser presidente de COLGAS? Mi respuesta fue clara, ya que yo no quería ser empleado, pero él insistió en que era factible mencionarle el tema al ministro Perry que presidía la Junta Directiva de la empresa. Para hacer la historia corta, al final acepté, pues Guillermo me convenció de que COLGAS podía ser pieza clave de su programa ***Gas para el cambio***.

Luego de empezar a desarrollar el acuerdo entre Urbina y Ecopetrol, propiciado por Guillermo, que puso término a demandas mutuas, en COLGAS empecé a trabajar en tres frentes.

Primero nos propusimos masificar el consumo del gas propano en Bogotá sustituyendo el cocinol que era una gasolina de menor octanaje que la gasolina a motor que la gente pobre utilizaba para cocinar sus alimentos, a consecuencia de lo cual decenas de niños resultaban quemados mensualmente.

Pero, además, el uso del cocinol para esos fines se había convertido en una fuente de corrupción muy grande, ya que ese combustible se podía utilizar como gasolina a motor y era mucho más barato porque su precio había estado congelado durante ocho años. Entonces era muy buen negocio desviar los camiones llenos de cocinol, que estaban destinados para el consumo en los barrios populares, a las estaciones de gasolina para mezclar el producto con la gasolina motor. Eso generaba grandes ganancias a los choferes de COLGAS y especialmente a quienes estaban detrás de ellos.

Entonces la decisión fue disminuir el uso del cocinol hasta acabarlo para lo cual nos propusimos venderles a los consumidores de ese producto, en condiciones muy cómodas, una estufa y un cilindro de gas de 20 libras para que consumieran propano.

También nos propusimos fortalecer a COLGAS como un verdadero ***Holding*** para que apoyara el programa ***Gas para el cambio*** fuera de Bogotá y sacar el almacenamiento del gas propano de la sede que tenía en Puente Aranda, diagonal al Club Militar. Ese almacenamiento estaba muy mal ubicado como lo probaban los graves incendios que se habían presentado años atrás que hacían que en ciertos sectores de opinión el sitio se conociera como el polvorín de Puente Aranda.

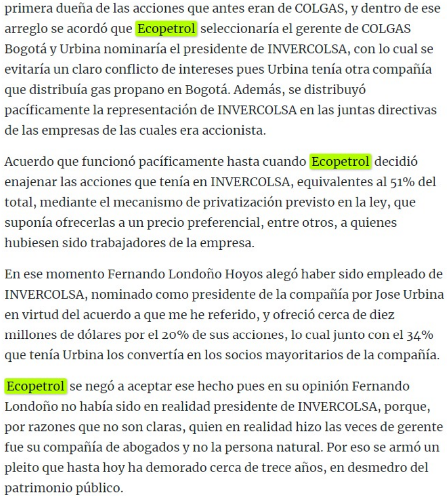
Caso Invercolsa

La experiencia en COLGAS me permitió conocer la creación y el pleito por INVERCOLSA.

COLGAS, como mencioné, además de atender el mercado de propano y de vender cocinol en Bogotá, se trataba de un ***holding*** pues era accionista de varias compañías por fuera de la capital de la República y, en razón de ello, tenía un problema evidente.

Las empresas de las cuales era accionista ganaban plata en todo el territorio nacional, menos en Bogotá porque el cocinol era muy mal negocio. Eso le resultaba inadmisible al socio privado mayoritario de COLGAS, José Urbina, quien empezó a buscar la manera de que la compañía se escindiera en dos: el holding propiamente dicho y la operación en Bogotá, de suerte que se tuviera que buscar una solución a las pérdidas que se tenían en la capital y que COLGAS no siguiera viviendo de las utilidades de las compañías en las cuales era accionista por fuera de la capital.

Luego de muchas vueltas se crearon dos compañías con la misma composición accionaria: INVERCOLSA y COLGAS Bogotá, quedando la



primera dueña de las acciones que antes eran de COLGAS, y dentro de ese arreglo se acordó que Ecopetrol seleccionaría el gerente de COLGAS Bogotá y Urbina nominaría el presidente de INVERCOLSA, con lo cual se evitaría un claro conflicto de intereses pues Urbina tenía otra compañía que distribuía gas propano en Bogotá. Además, se distribuyó pacíficamente la representación de INVERCOLSA en las juntas directivas de las empresas de las cuales era accionista.

Acuerdo que funcionó pacíficamente hasta cuando Ecopetrol decidió enajenar las acciones que tenía en INVERCOLSA, equivalentes al 51% del total, mediante el mecanismo de privatización previsto en la ley, que suponía ofrecerlas a un precio preferencial, entre otros, a quienes hubiesen sido trabajadores de la empresa.

En ese momento Fernando Londoño Hoyos alegó haber sido empleado de INVERCOLSA, nominado como presidente de la compañía por Jose Urbina en virtud del acuerdo a que me he referido, y ofreció cerca de diez millones de dólares por el 20% de sus acciones, lo cual junto con el 34% que tenía Urbina los convertía en los socios mayoritarios de la compañía.

Ecopetrol se negó a aceptar ese hecho pues en su opinión Fernando Londoño no había sido en realidad presidente de INVERCOLSA, porque, por razones que no son claras, quien en realidad hizo las veces de gerente fue su compañía de abogados y no la persona natural. Por eso se armó un pleito que hasta hoy ha demorado cerca de trece años, en desmedro del patrimonio público.